

Larrosa, J. (2020). *El profesor artesano. Materiales para conversar sobre el oficio*. Barcelona: Laertes, 387 pp.

Hay preguntas que solo pueden formularse en el momento en el que, como dice Deleuze, «llega la vejez y la hora de hablar concretamente». Preguntas que tan solo pueden elaborarse, de forma concreta, cuando uno ha estado haciendo aquello por lo que se pregunta toda una vida. Ese parece ser uno de los motivos (aunque no el único ni, desde luego, el más importante) que sostienen la elaboración de *El profesor artesano. Materiales para conversar sobre el oficio*, ensayo con el que Jorge Larrosa pone punto final a su trilogía (o quizás más bien a su tetralogía)¹ dedicada al oficio de profesor. Iniciada en español en el 2018 con la publicación de *P de profesor* y continuada, en 2019, con *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, el libro que en esta ocasión nos interesa reconstruye en su mayor parte un curso de maestría realizado en 2017 dedicado a pensar y conversar sobre el oficio de profesor desde el punto de vista de la artesanía.

Situado en la estela de los trabajos de Jan Masschelein y Maarten Simons sobre la escuela, a los que el autor dice reconocer «una aproximación amorosa, morfológica y material a la institución escolar». (p. 24) y que le dieron «el marco para pensar el oficio» (p. 24), *El profesor*

artesano transcribe en los siete capítulos que lo conforman (acompañados de un prólogo y un epílogo) un curso dedicado a pensar y conversar sobre la materialidad de los quehaceres y la proximidad del oficio de profesor con lo que podría denominarse «una forma particular de vida». Al tiempo que desvela el papel que como profesor tiene el mismo Jorge Larrosa en todo eso. Papel que no puede desligarse de la idea de que la principal tarea del profesor tiene que ver con el ejercicio típicamente escolar de plantear un curso. De ahí que su voz como profesor y autor —voz que «no sostiene un discurso sino que propone y acompaña un curso» (p. 15)— proponga, sugiera y acompañe, durante el mismo devenir del curso, la realización de un ejercicio a la vez personal y colectivo de pensamiento así como la elaboración de un vocabulario del oficio que remita a la materialidad de sus quehaceres y a su (ineludible) compromiso con el mundo.

El curso que se nos presenta transcurre más o menos como sigue. Tras iniciar la conversación sugiriendo una aproximación amorosa, material y fenomenológica a la escuela frente a la acostumbrada visión crítica y deficitaria de la misma, Jorge Larrosa expresa la necesidad de una lengua no colonizada por los distintos lenguajes especializados para hablar sobre el oficio. Razón por la cual se hace un alto en el término vocación, que se pone como ejemplo de palabra totalmente expropiada por esa cultura de la calidad que hace ininteligibles los trabajos y convierte a los profesores en profesionales intercambiables vacíos de toda singularidad.

1 Así sería si incluyésemos, como el propio autor no deja de sugerir, un cuarto volumen editado por él mismo junto a Karen C. Rechia y Caroline J. Cubas titulado *Elogio del profesor* (2020) en la editorial bonaerense Miño y Dávila.

Sin embargo, el término vocación (o la ausencia de él) no solo ejemplifica lo que es calificado como el «arrasamiento» tecnológico, psicológico y económico de la educación. También resulta ser el primer motivo del curso al tomar un carácter inmanente y material (como «llamada del mundo») que más tarde se proyectará sobre las manos, pues descubrir una vocación, nos dice el autor, no es otra cosa que «averiguar para qué tenemos buena mano, para qué gestos están hechas nuestras manos o, mejor, qué tipo de cosas parece que están hechas para nosotros». (p. 117).

En efecto, esa llamada del mundo, dirigida a nuestras manos (que constituyen el segundo motivo del curso), y que tiene como efecto ciertos gestos y maneras, protagonizaran una de las partes más hermosas del ensayo al dibujar, con ayuda de la fábula pedagógica de la caverna de Jan Masschelein, la especificidad de las manos y los gestos escolares que caracterizan a pedagogos y profesores artesanos. Manos que no deben verse tanto como productoras *de algo* sino como unas manos «cuyo 'hacer' consiste en convocar, mostrar, señalar, enseñar, llamar la atención, invitar (a la conversación, al ejercicio y al estudio), disciplinar, interesar». (p. 141)

Como no podría ser de otro modo tratándose de la transcripción de un curso, el relato se encuentra salpicado de los comentarios de textos, conversaciones, ejercicios y repeticiones surgidas durante su mismo desarrollo. Y en él hay también lugar para las objeciones, dificultades, desencuentros y confesiones connaturales a cualquier curso. De ahí que a largo del ensayo haya algunos

momentos en los que el profesor recibe alguna que otra objeción por parte de los estudiantes. Objeciones dirigidas al sentido que tiene todo lo que se está haciendo y en relación también al lugar, totalmente desconocido, al que el profesor quiere llevarlos y que algunos estudiantes, desconfiados, dudan siquiera de poder llegar a vislumbrar. Jorge Larrosa acepta de buen grado las objeciones que se le presentan y observa que muy posiblemente tengan algo que ver tanto con las particularidades del método utilizado como con el lugar desde el que se habla, es decir, con las experiencias personales con las que inevitablemente cada uno relaciona las lecturas y conversaciones del curso.

En el tercer motivo del curso nos encontramos con la cuestión del amor. El amor entendido arenidianamente en su doble acepción: como amor al mundo y como amor a los nuevos, es decir, a los niños y a los jóvenes. Introducido a través de la manos de los artesanos, esas que se encargan de cuidar y de ajustar sus maneras y sus gestos a lo que tienen entre manos, y relacionado también con la cuestión de la vocación (como descubrimiento de algo en el mundo que merece ser cuidado, cultivado y amado), la elaboración de la cuestión del amor, en su acepción mundana, ofrece lo que en mi opinión constituye el núcleo del ensayo, y que podría resumirse más o menos así: si hay o tiene sentido un oficio es porque hay (o puede haber) un mundo en el que ejercerlo y con el que comprometerse. Más concretamente: si hay o tiene sentido un oficio de profesor es porque hay (o puede haber) un (cada vez más difícil) mundo común. Un

mundo común que, en palabras de Jorge, «sólo existe si somos capaces de cultivar, juntos, formas comunes de atención, de preocupación, de cuidado». (p. 165) y que «es más largo en el tiempo que nuestro presente». (p. 168).

La transcripción de algunas cartas de amor, realizadas por los estudiantes del curso, a algo que estuviera relacionado con el oficio o con el lugar de su ejercicio (la escuela), desembocará en la cuestión de la fe, de las profesiones de fe y de los credos de profesor, conformando el cuarto motivo del curso. Entendidas como un «cierto compromiso existencial que pueda contraponerse, quizá, a la decepción, el cinismo, la desmotivación y el debilitamiento general de la existencia (...) que se va instalando en los profesores 'profesionalizados'». (p. 233), todas esas viejas palabras, que parecen estar en la definición misma de lo que significa educación, se ven encarnadas en los profesores artesanos, esos que hacen que con su trabajo cotidiano la «escuela sea realmente una escuela (y no una fábrica, o un hogar, o un *shopping*)». (p. 242.).

Es la fe, la responsabilidad que uno toma con aquello que ha decidido amar y cuidar a través de su oficio, el deber para con ello convertido, prácticamente, en declaración pública y comprometida, lo que nos lleva al último de los motivos del libro (lo que Jorge llama el «espíritu artesano»), casi como concreción de todo lo anterior.

La recuperación del espíritu artesano, no como forma muerta del pasado sino «como anhelo intemporal que puede mostrar distintos rostros en distintas épocas pero que no puede dejar de renacer». (p. 380), se concretará en una

serie de notas que comparte el oficio de profesor con otros oficios artesanos como el de carpintero, cantautor, cocinera o cineasta. Esas notas, desarrolladas en distintas conversaciones a lo largo del libro, apuntarán básicamente a la modestia consustancial del artesano, a la conciencia de ejercer en el seno de una tradición y de una comunidad muy particular un oficio «como otro cualquiera», al reconocimiento del carácter íntimamente material del oficio y a la dignidad de un trabajo (el artesanal) que se sostiene por sí mismo sin necesidad de *shows* ni florituras añadidas.

De este modo, y teniendo un poco la impresión, como dice el autor a final del curso, de que es siempre llegando a su fin cuando se tiene la sensación de estar en mejores condiciones para tratar en serio el asunto, Jorge Larrosa termina este libro escrito a contracorriente y que, por encima de todo, «ama, dignifica y defiende el oficio de profesor». (p. 23) con un hermoso pasaje. Acaso de la única manera que podría terminar un verdadero profesor artesano. Ofreciéndonos, dice él,

Una cosa material como otra cualquiera, hecha con esfuerzo pero también con amor, que me gustaría que, a pesar de sus evidentes insuficiencias y torpezas, tuviera la suficiente consistencia como para que algunas personas la puedan utilizar para conversar eternamente, pero también concretamente, sobre los quehaceres diarios y el ínfimo cotidiano de este oficio, sobre qué es y cómo se hace eso de ser profesor. (p. 387).

Eric Ortega González
Universidad de Barcelona